

# LA MÚSICA EN LA LITERATURA

RENÉ AVILÉS FABILA

I: *El animal moribundo* de Philip Roth

Más complejo que crear las artes ha sido fusionarlas. Se necesitó la llegada del siglo XX para consolidar un medio que pudiera hacerlo: el cinematógrafo. Antes que discutir si se trata de arte o industria, hay que advertir que tiene posibilidades magníficas para mezclar las artes: la actuación, desde luego, la música, la literatura, la danza, la pintura. Tenemos ejemplos memorables. Cito uno al azar: Luchino Visconti reúne la literatura de Thomas Mann con la música de Mahler. El resultado es *Muerte en Venecia*. O cuando Stanley Kubrick cita en un filme intenso, *Barry Lindon*, a la literatura de Thackeray con la música, la actuación y la plasticidad de obras clásicas de la pintura.

Pero el cinematógrafo es un ejemplo reciente. Ya antes la ópera decidió unir la actuación y la música con la literatura. Otros fueron más lejos y le sumaron la danza, el ballet. ¿Y la literatura? ¿Qué ha hecho en tal sentido la escritura, una novela, un poema, un cuento? El poeta Rubén Bonifaz Nuño ha dicho que si se sabe bailar y se sabe escuchar música, la posibilidad de hacer un gran poema está a punto de arrancar. El poema tiene musicalidad. ¿Y la prosa narrativa? También, sólo que el ritmo, las cadencias y el tiempo, son distintos. El poema



*Mujer con una guitarra* (Otoño [1913])  
Georges Braque (1882-1963)

tiene, entre otras, la posibilidad del ritmo consonante o asonante. En la prosa ello resulta cacofónico. Hay que evitar toda clase de rimas, de tal suerte que la musicalidad de la palabra escrita tiene que ser buscada en la puntuación y en los sonidos que produce una esdrújula o una aguda, en la hábil utilización de los gerundios o en adjetivos que le den fuerza al sustantivo.

Sólo que no se trata de hacer un análisis interno de la novela, que con frecuencia está construida como sinfonía, tiene momentos de mucha intensidad (allegros) o de suave delicadeza (adagios). Se escribe buscando subir y descender. El final es por regla general *maestoso*. No, la idea de este trabajo, que arranca como cabeza de una serie, es la de ver cómo los escritores han usado la música dentro de sus novelas y cuentos. En México lo hizo Agustín Yáñez con su obra *La creación*. Allí está un compositor que trabaja con sonidos invisibles, que ninguno de nosotros podrá escuchar, sólo imaginarlos. A su vez, el cubano Alejo Carpentier, musicólogo y muy aceptable pianista, escribió novelas donde, como en *La consagración de la primavera*, hay que tener conocimientos de música culta y de música popular como el jazz para entender el encuentro entre Louis Armstrong y Vivaldi o comprender una crítica de Stravinski al segundo y una aguda respuesta de Vivaldi donde le dice que si bien él ha compuesto cien veces la misma sinfonía, no ha escrito, como Stravinski, música para circo.

Más aún, Carpentier bromeó con la música al pedirle a sus lectores que leyeran tal o cual obra suya mientras escuchan una pieza musical.

Pero no sólo la literatura ha enriquecido a la música. También la historia para que Khachaturian escribiera el notable ballet *Espartaco* o, antes, la Biblia que le permitió a Saint-Saëns crear la bella ópera *Sansón y Dalila*.

Lo que nos queda muy claro es que de pronto el músico halla inspiración en el texto literario o histórico. Shakespeare le dio su *Romeo y Julieta* a Tchaikovsky, Berlioz y a Prokofiev. Pero al contrario, ¿cómo enriquece la música a la obra literaria? D. H. Lawrence escribió un ensayo llamado "Haciendo el amor con música". En dicho

trabajo afirma lo siguiente: "El hombre *debe* hacer el amor con música y a la mujer *debe* hacerse el amor así, con acompañamiento de cuerdas y saxófono". En algún libro mío, tal vez en *Recordanzas*, desconfío de la aseveración no sin antes recordar que una vez en París, en la Maison des étudiants portugais de la Cité Université, un tipo salió a medianoche, casi desnudo, solicitando un tocadiscos pues necesitaba hacer el amor y para ello requería de la música. A mí me pareció una aberración, una ofensa para la música. Hacer el amor es un arte, la música lo es en mayor medida. Entonces dos artes no pueden ser conjuntadas fácilmente. Por regla general, requieren ser ejecutadas diferenciadamente. Nadie haría el amor en una sala de conciertos o metería a un hotel de paso a un conjunto de cámara, salvo que le guste el voyerismo, del mismo modo que ningún solista interpretaría un concierto de Rachmanninof mientras hace el amor. En consecuencia, me permito disentir de la aseveración del célebre novelista inglés, que contiene, como mi respuesta, un tono de broma.

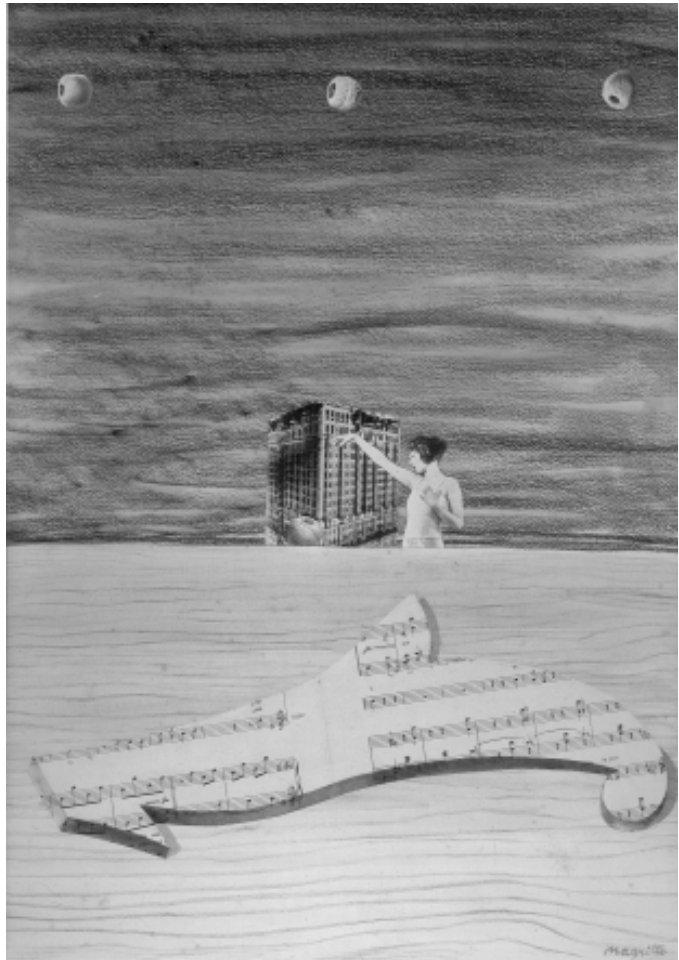
No sé si reunir en un libro a la música y a las palabras tendrá sentido para un crítico literario de corte académico; para mí lo tiene. Yo he pasado tanto tiempo leyendo como escuchando música. Mi padre escribió una novela, *Leonora* (su hija muerta prematura e injustamente), pensando en una sinfonía: cada capítulo es un movimiento musical y en lugar de prólogo, le puso una obertura. Imagino que pensaba en Beethoven, pues su hija llevaba nombre de obra beethoveniana.

Pero por ahora vayamos al campo internacional, a la literatura norteamericana, tan exitosa en los siglos XIX, XX y principios del XXI. Veamos una novela reciente: *El animal moribundo* de Philip Roth. Este escritor nació en New Jersey en 1933. Fue por años profesor de literatura inglesa. Pero la fama le ha llegado no como académico sino como novelista. Quizá *El lamento de Portnoy* sea su obra más famosa, pero ninguna de las escritas por él ha pasado ignorada por la crítica y el éxito. Ha conquistado grandes

premios norteamericanos, entre ellos el Pulitzer, un galardón de hecho consagratorio que en su momento obtuvieron Hemingway, Faulkner y Truman Capote.

La fascinante novela, *El animal moribundo*, cuenta la vida amorosa de un viejo profesor. La historia puntual de sus amores, en particular de uno, el que ha sacudido sus sentimientos y pasiones más que otros. Cualquiera que haya dado clases en una universidad sabe las posibilidades de que una joven se enamore de sus conocimientos o de su obra o de su personalidad o de todo ello junto. Además, el profesor de literatura de Roth tiene una cualidad más: es un apasionado de la música y un aceptable pianista, cuya pasión es interpretar las sonatas de Beethoven. El maestro de literatura es soltero, divorciado, y tiene tácticas de combate amoroso que resultan, para la mentalidad norteamericana, avanzadas. Por ejemplo, no se vincula con las mujeres sino hasta el final de sus estudios para evitar la acusación de acoso sexual. Como amante es insuperable, su experiencia y su capacidad de aceptar lo novedoso, lo diferente, lo hacen un hombre sumamente atractivo a los ojos de las jóvenes estudiantes.

El centro de acción, entonces, no es la universidad, sino su propia casa a donde suele llevar a las jóvenes para hacer el amor. Allí despliega su cultura y sus conocimientos musicales. “Fuimos a mi piso y ella me pidió que pusiera música. En general, le ponía música fácil. Tríos de Haydn, la *Ofrenda musical*, movimientos dinámicos de las sinfonías de Beethoven, adagios de Brahms. Le gustaba en especial la Séptima de Beethoven, y en veladas sucesivas cedía en ocasiones al impulso irresistible de levantarse y mover los brazos juguetonamente, como si ella y



*Sin título* (1926)  
René Magritte (1898-1967)

no Bernstein estuviera al frente de los músicos.”

En otro momento, Roth cuenta: “En ocasiones, como lo hice aquella noche, le ponía un quinteto de Dvorák, una música electrizante, bastante fácil de reconocer y comprender. A ella le gustaba que tocara el piano, eso creaba una atmósfera romántica y seductora que le agradaba, así que satisfacía su deseo. Los preludios de Chopin más sencillos, algunos de los *Moments musicaux*. Ciertos movimientos de sonatas.”

En realidad, los conocimientos musicales en la obra, tienen un sentido literario: conducen al amor. Se trata, en principio, de una obra erótica, totalmente salpicada y enriquecida por la música. Y si uno es capaz de imaginar el departamento en penumbra del profesor David Kepesh, lleno

de libros y obras de arte y allí la pareja escuchando a Mozart, la obra podrá ser disfrutada con más intensidad.

Dentro de todo este contexto, Roth insiste en los aspectos musicales, va más allá y dice, cuando está ante una obra más compleja: “Toco algunas piezas muy difíciles. *Intermezzi* de Brahms. Schumann. Un arduo prelude de Chopin. Practico un fragmento muy complicado y sigo sin tocarlo bien, pero trabajo en ello. Cuando le digo a mi profesora, exasperado: ‘No puedo hacerlo bien. ¿Cómo resuelve usted este problema?’, ella me responde: ‘Tóquelo mil veces’.”

Como es posible ver a simple vista, la música en este libro no está como adorno, tiene un sitio profundo, le da un sentido a la vida del profesor de literatura. Ama a la música y aunque sabe que no tocará profesionalmente, comparte sus conocimientos con sus amantes. Uno supone que así fue siempre y no sólo con la hermosa Consuelo Castillo, una joven de origen cubano. La novela

está concebida como novela de amor, pero las historias que allí son contadas están rodeadas de elementos musicales, lo que significa que son importantes en la obra, que el autor la concibió de esa forma, para leerla imaginando también las notas de Chopin o de Schumann dentro de las páginas. He podido ver que la crítica hace énfasis en la parte erótica; que sus momentos, por cierto más logrados, capturan la atención de los lectores críticos, pero si uno hace el esfuerzo por *escuchar* la música citada, la novela adquiere una mayor profundidad y crece, se hace más rica la lectura. No sólo se trata de un viejo recordando sus pasiones, sino que ese hombre y las mujeres jóvenes que lo amaron aumentan en dimensión y estatura.

*El animal moribundo* tiene una peculiar concepción, la audacia de vincular el amor y el sexo con la literatura y la música y es un logro y una aportación de Roth. No es lo esencial, quizá no era una meta que se había propuesto el autor, que quería contar una historia de amor pasión con Consuelo, pero las exigencias de la escritura llevaron la novela a un punto donde era necesaria la intervención de la música, sin ella no hay amor posible. La novela hubiera perdido fuerza por más que las partes eróticas lograran conmovir al lector. ♣

*Tres músicos* (Fontainebleau, Verano [1921])

Pablo Picasso (1881-1973)



---

### RENÉ AVILÉS FABILA

Literato, politólogo y periodista. Profesor de carrera de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas (UNAM). Editorialista de diversos periódicos y revistas de circulación nacional. Premio Nacional de Periodismo del Gobierno de la República (1991). Miembro del Sistema Nacional de Creadores. Director de la revista cultural *Universo de El Búho*. Presidente de la Fundación cultural que lleva su nombre. Autor de una vasta producción literaria, entre cuyas obras destacan: *El gran solitario de Palacio*, *Tantadel*, *Fantasías en carrusel*, *Réquiem por un suicida*.

[www.reneavilesfabila.com.mx](http://www.reneavilesfabila.com.mx)